

(DES)ENCUENTROS A LA DISTANCIA. ACERCA DE UN POSIBLE
DIÁLOGO ENTRE LAS HUELLAS DE DERRIDA Y DELEUZE A PROPÓSITO
DE LA ANIMALIDAD

German E. Di Iorio
Universidad de Buenos Aires
german93@gmail.com

Deleuze y Derrida se reparten. Se reparten absolutamente, para (re)comenzar [...]. Incluso antes de decir qué, antes de precisar de qué tarea se trata, o de qué herencia –si algún día fuese posible brindar verdaderamente esta precisión–, es preciso afirmar de ellos y entre ellos este reparto.
Jean-Luc Nancy¹

I. Muertes

El 4 de noviembre de 1995, a los 70 años de edad, muere Gilles Deleuze. El derrotero de su frágil cuerpo era ya conocido y, sin embargo, el modo en el que finalizó con su precaria vida fue una sorpresa sumamente trágica que aún hoy nos sigue asediando. No sólo por lo que implica el suicidio de uno de los filósofos del siglo XX más propugnadores del vitalismo, sino también por el texto que había publicado dos meses antes de su muerte. En concreto, el 1 de septiembre de ese mismo año aparecía en el número 47 de la revista *Philosophie* un breve e infinitamente potente texto titulado “La inmanencia: una vida...”. En este “testamento”² Deleuze enfatiza la importancia de la “UNA VIDA y nada más”³ al momento de abordar la conceptualización de la pura inmanencia.

Una serie de publicaciones póstumas acompañaron su partida, particularmente *El Abecedario*: ocho horas de entrevistas con Claire Parnet grabadas entre 1988 y 1989 donde se ve y escucha al fantasma deleuzeano resistiendo la no-vida. Desde “A de animal”, donde comenta su preferencia por los

1. J-L. Nancy, “Diferencias paralelas. Deleuze y Derrida” en: M. B. Cragolini (comp.), *Por amor a Derrida*, trad. D. Alvaro y J. L. Gastaldi, Buenos Aires, La Cebra, 2008, p. 250.

2. Tomo la expresión para referirme al texto de Deleuze de “La inmanencia absoluta”, artículo de Giorgio Agamben publicado en 1996, que también puede considerarse una despedida al modo que analizamos el texto de Derrida más abajo. Al respecto ver F. M. Gallego, “El concepto de ‘vida’ en el último escrito deleuziano: Hacia una revisión de la lectura agambeniana” en: M. B. Cragolini (comp.), *Extraños modos de vida*, Buenos Aires, La cebra, 2014, pp. 207-231.

3. G. Deleuze, “La inmanencia: una vida...” en: *Dos regímenes de locos*, trad. J. L. Pardo, Valencia, Pre-Textos, 2008, p. 348.

animales no familiares, hasta “Z de Zigzag”, donde exclama “¡Póstumo, póstumo!”, un aire de melancolía zarandea al espectador cada vez que, por ejemplo, la rasposa pero frecuente carcajada de Deleuze se hace oír como el crujido de hojas secas.

A sólo 3 días de su muerte, Jacques Derrida publica un bellissimo y breve escrito titulado “Tendré que errar solo”. Allí el filósofo argelino comparte su profundo sufrimiento por la partida de Deleuze, su amigo/enemigo que, según confiesa, “[ha] considerado siempre más cerca de entre todos los de esta ‘generación’”⁴. Cierta encanto del texto derridiano recae en la declarada proximidad y admiración hacia el pensador del acontecimiento, a la vez que da cuenta de la inmanente e insuperable distancia que marcó su relación. Extraños (des)encuentros articulados desde una herencia (Nietzsche, Marx, Artaud, Blanchot, etc.) y una “forma” de filosofar compartida.

Derrida concluye su despedida de superviviente con un párrafo que hace tangible esa experiencia imposible que es el duelo de una persona tan querida y amada:

Continuaré o recomenzaré a leer a Gilles Deleuze para aprender, y tendré que errar solo en esa larga entrevista que debíamos haber hecho juntos. Mi primera pregunta, creo, habría tratado sobre Artaud, de su interpretación del ‘Cuerpo sin Órganos’, y de esa palabra, ‘inmanencia’, a la que siempre recurrió, para hacerle decir o para dejarle decir algo que todavía sigue secreto para nosotros. Y habría intentado decirle por qué su pensamiento no me ha abandonado nunca desde hace casi cuarenta años. ¿Cómo podré hacerlo ahora?⁵

El 8 de octubre de 2004, a los 74 años de edad, muere Jacques Derrida. De nuevo una partida dolorosa, sin importar que fuera conocida su intensa lucha contra el cáncer de páncreas. También, nuevamente, el filósofo dejó publicado un texto a poco menos de dos meses de su muerte –en este caso una entrevista con Jean Birnbaum que apareció el 19 de agosto de 2004 en *Le Monde*. Ahí, entre toda una serie de respuestas que dan cuenta de su apuesta filosófica por la vida, Derrida afirma que “[d]espués de Platón esta es la vieja inyunción filosófica: filosofar es aprender a morir. Yo creo en esa verdad sin rendirme. Cada vez menos. No aprendí a aceptar, la muerte”⁶.

Un gesto análogo al que tuvo Derrida con Deleuze lo tuvo Nancy con el primero. El homenaje tuvo lugar en el número 41 de la revista *Hermes*, donde

4. J. Derrida, “Tendré que errar solo” en: *Cada vez única, el fin del mundo (presentado por Pascale-Anne Brault y Michael Nass)*, trad. M. Arranz, Valencia, Pre-Textos, 2005, p. 204.

5. *Ibid.*, p. 206.

6. J. Derrida, *Aprender por fin a vivir*, trad. N. Bersihand, Buenos Aires, Amorrortu, 2006. Traducción levemente modificada por Horacio Potel.

se interpreta la escritura derridiana como una invitación a estar constantemente empezando de nuevo, *da capo*. En lo que respecta a lo que aquí queremos trabajar, es importante hacer notar cómo Nancy también atribuye esa “notación musical” del *da capo* al filósofo con el que abrimos el presente trabajo, declarando que “[...] esta observación no se limitaría a él solo [a Derrida], y puede ser hecha a propósito de los grandes movimientos del pensamiento del siglo XX, más concretamente, como resulta evidente, del pensamiento tan diferente y tan próximo de Deleuze [...]”⁷.

II. Sobre las preguntas paralelas que nunca sucedieron

La entrevista entre Deleuze y Derrida iba a estar a cargo de nada menos que Nancy —así lo confiesa al asumir la culpa de que tuviera que retrasarse indefinidamente porque estuvo “demasiado tiempo imaginando las preguntas”⁸. No es difícil relacionar este retraso con la triangulación de filósofos que mencionamos, pensando la nostalgia de lo que debió haber sido pero que, por azar, nunca terminará de acontecer. Sin embargo, sin abandonar esa lectura, a partir del texto con el que Derrida se despide de Deleuze conocemos algunos de los tópicos que le hubiera gustado tocar (y lo mismo se aplica con la despedida de Nancy)⁹.

Ahora bien, es interesante notar en ambas despedidas la omisión de un tópico en particular: la animalidad. Si bien este tema es de suma importancia para “esta doble D de la filosofía”¹⁰, se podría argumentar que por aquel entonces la cuestión todavía no tenía en Derrida la centralidad que tuvo luego, a partir de 1997, con *El animal que luego estoy si(gui)endo*. No obstante, eso no sólo implicaría ignorar que, tal como Derrida mismo comenta en la primera sesión de *La bestia y el soberano*, “[l]a cuestión del animal también fue [...] una de nuestras preocupaciones permanentes”¹¹, sino que acarrearía una enorme indiferencia ante la entrevista que tuvo *casualmente* con Jean-Luc Nancy en 1989. Titulada “‘Hay que comer’ o el cálculo del sujeto”, ésta se pregunta explícitamente por el consumo de animales.

Por lo tanto, podemos argumentar la pertinencia de ciertas preguntas en la entrevista imposible. Esto cobra mayor relevancia al considerar los discursos deleuzianos y derridianos como aquellas vertientes posnietzscheanas que

7. J.-L. Nancy, “Derrida da capo” en: J. Derrida, *Cada vez única...*, trad. cit., p. 292.

8. J.-L. Nancy, “Diferencias paralelas. Deleuze y Derrida”, trad. cit., n. 2.

9. Deleuze no se expresa al respecto, pero no hay razón para sospechar que no hubiera estado buscando la entrevista como los otros dos.

10. *Ibid.*, p. 252.

11. J. Derrida, “Primera sesión. 12 de diciembre de 2001” en: *Seminario La bestia y el soberano. Volumen I (2001-2002)*, trad. C. De Peretti y D. Rocha, Buenos Aires, Manantial, 2010, p. 20. Luego, en la página 34, lo reitera con mayor énfasis y especificidad.

pensaron críticamente dentro de la filosofía la jerarquía de lo viviente, cuestionado la supuesta distinción entre “lo humano” y “lo animal”.

Efectivamente, Derrida indaga tiempo más tarde conceptos deleuzianos como “devenir-animal” y “bestiada”. Lo hace en la quinta y sexta sesión de *La bestia y el soberano*, donde lo critica duramente. No obstante, queremos sugerir aquí que incluso en esos momentos no tiene lugar un diálogo como el que nos hubiera gustado, sino que, por el contrario, se repite y refuerza aquel inevitable desencuentro.

Todavía es Nancy quien mejor entiende ese acople que ocurre cuando las paralelas generan la ilusión de que van a converger:

Quizás cada uno abra hacia el otro al mismo tiempo que se distingue absolutamente de él. Quizás cada uno de los dos ha *oído* al otro tanto como se ha apartado de él, fuera del alcance de su *voz*. Quizás, incluso, cada uno se ha *oído* a sí mismo en el otro, quizás se ha *oído* diferir en el otro y ser llamado por el otro. [Las cursivas son nuestras]¹²

III. Un posible y alegre desenlace

Todo parece indicar que las cercanías entre las filosofías de Deleuze y Derrida determinaron una suerte de abismo insuperable. Desde sus primeros escritos un tímido coqueteo diseminado ha dibujado una incómoda e irresoluta aporía de la amistad. Con todo, un singular fenómeno se ha dado en los últimos años, donde una aparente y singular convergencia está siendo cada vez más oída. Si en vida no hubo tacto, quizás son justamente sus fantasmas quienes puedan dialogar entre sí. Después de todo, estamos ante filosofías de la multiplicidad que se resisten a pares dicotómicos tales como los de vivo/muerto o animal/humano¹³.

Frente al melancólico desencuentro que hemos trabajado arriba, queremos articular un posible y alegre encuentro entre Derrida y Deleuze a partir de las huellas que ambos filósofos dejaron a propósito de la animalidad. De esta manera, proponemos la mentada entrevista como una donación imposible que, sin embargo, está de hecho aconteciendo a partir de estudios críticos de los animales tales como los de Akira Mizuta Lippit, Cary Wolfe, Matthew Calarco, Jean-Christophe Bailly, Donna Haraway, etc. Claro está que ningunx de ellxs se limita a yuxtaponer lo que dijo uno con lo del otro, que todxs deslizan una marcada preferencia por alguno de los dos y que, incluso, pueden llegar a criticar duramente sus supuestos y limitaciones (como lo hizo

12. J-L. Nancy, “Diferencias paralelas. Deleuze y Derrida”, trad. cit., p. 262.

13. Para continuar con el análisis del vínculo entre estas dos dicotomías ver M. B. Cragnolini, “*Ecce animot*, o del quién al qué. Tránsitos derridianos hacia la comunidad de los vivientes” en: M. B. Cragnolini (comp.), *Entre Nietzsche y Derrida*, Buenos Aires, La Cebra, 2013, pp. 357-378.

Derrida con Deleuze). A su vez, no se está afirmando aquí que es sólo en la animalidad que nuestros filósofos pueden dialogar (de hecho los textos de Nancy dan cuenta de una relación que no se preocupa particularmente por el tópico sobre el que aquí queremos enfatizar¹⁴): sencillamente marcamos el surgimiento de una suerte de “corriente filosófica” que tiene como herencia en común las propuestas de ambos. Así, zigzagueando como una mosca, pero precavida y a la distancia como una gata desconfiada, queremos pensar la relación accidentada y a destiempo entre Deleuze y Derrida.

Por último, cabe mencionar que este desenlace no resuelve la aporía de la doble D. El malentendido se repite infinitamente en el (des)encuentro; lo que ocurre, más bien, es una reformulación, una repetición elíptica que no cambia esencialmente nada, pero que quizás sea más justa y permita plantear preguntas tales como “¿Puede la voz del amigo ser la de un animal?” o “¿Hay amistad posible para el animal, entre animales?”¹⁵

14. Aunque tampoco es incompatible la filosofía nancyana con cuestiones de animalidad. Al respecto véase C. Cozzarin, “Nosotros animales. Aproximaciones a una lectura zoopolítica entre Derrida y Nancy”, *Instantes y Azares*, a. XIII, n° 13, primavera de 2013, pp. 185-205.

15. J. Derrida, “‘Hay que comer’ o el cálculo del sujeto (entrevista con J-L. Nancy)”, trad. V. Gallo y N. Billi (revisada por M. Cragnolini), *Pensamiento de los confines*, n°17, diciembre de 2005, p. 168.